

Toda la correspondencia

AL ADMINISTRADOR

RAMBLA DEL CENTRO

Kiosco n.º 3

La Saeta

SEMANARIO ILUSTRADO
FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

PRECIOS
DE SUSCRIPCIÓN

Semestre . 6 Ps.

Un año . . . 11 »

EXTRANJERO

Un año . . . 17 »

AÑO XI

BARCELONA 15 DE MARZO DE 1900

Núm. 486



Liane de Vries

REUTLINGER



A orillas del río

ENTRE el frondoso cañaveral que guarnece la orilla derecha del Turia, hay una alegre vivienda que está formada, como casi todas las esparcidas por la fértil ribera valenciana, por cuatro paredes gibosas y un techo angular de negruzca paja; en los extremos de esta aguda techumbre, abren sus brazos dos cruces de madera podridas por la lluvia, y á ambos lados de la puerta hay bancos de piedra empotrados en la pared, á donde no llegan en verano los rayos del sol porque la trepadora parra lo impide, formando umbrío toldo. Las aguas del río, después de reflejar la imagen invertida de la solitaria vivienda, continúan deslizándose lentamente por su arenoso cauce, hasta confundirse con las del cercano mar.

Cuando el sol iba á hundirse en el ocaso, tiñendo el cielo de purpúreos matices, comenzó Amparo á blanquear las paredes de dicha cabaña, donde vivía con su madre.

Con las mejillas sonrosadas, recogida la abundosa cabellera en un pañuelo azul, libre el airoso talle y ceñido el tosco delantal sobre la vieja falda rameada, Amparo esgrimía con destreza una caña á cuya extremidad había amarrado un gran pincel; para empaparlo, introducía el pincel en el cubo que contenía la disuelta cal y luego lo deslizaba por la pared, hasta cubrirla con una capa de uniforme blancura.

Con frecuencia miraba al sendero trazado sobre la margen del río. Esperaba á Esteban; un mozo tan fornido como tímido. Ella le quería; ¿cómo no, si era más bueno que el pan? El también la quería; lo había dicho á todo el mundo... menos á Amparo, que ya se iba cargando de aquella timidez exagerada. ¿Iba ella á comérselo si él la decía, «te quiero»? ¿A qué, pues, tanto reparo? ¿No le animaba ella bastante con miradas y sonrisas?

Y el pincel se deslizaba seco por la pared, cada vez que Amparo se enfrascaba en estos pensamientos.

Cerca de ella, tres rapaces se entretenían cazando murciélagos con largas cañas que hacían oscilar en el aire cada vez que alguno de esos mamíferos dirigía su vuelo irregular por encima de ellos; turbados por las rápidas oscilaciones de la caña, comenzaban los pardos murciélagos á dar vueltas alrededor de ella, hasta que escapaban elevando el vuelo ó tropezaban con la caña y caían aturridos por el golpe, rota, con frecuencia, una de sus membranosas alas. ¡Y qué algazara al recoger, no sin temor, la repugnante pieza!

Alegre y con los ojos brillantes, Esteban apareció, por fin, tronchando las cañas que bordeaban el tortuoso sendero.

Saludó Esteban. Amparo, después de contestar sonriendo, pensó que, como siempre, oído el saludo, había oído la mitad de la conversación que Esteban había de darle y oiría la otra mitad cuando le dijese adiós.

Por esta vez se equivocó, porque Esteban le dijo:

—¡Qué guapa estás!

—¿De veras te gusto?, preguntó Amparo, muy sorprendida de oír el primer requiebro que él la echaba.

—¡Ya lo creo que me gustas! Y he de decirte también, que te... vamos, que te quiero mucho.

A Esteban le sucedía algo; era imposible que en su estado normal hablase de un modo tan decidido; ¿qué sería aquello? Amparo le miraba alegre y recelosa.

Uno de los rapaces se acercó á Esteban y le pidió fósforos, diciendo que eran «para hacer blasfemar á los murciélagos; quemándoles la boca dicen... tal.» Y lo soltó redondo por su inocente boca.

Esteban le entregó los fósforos; fuese el rapaz corriendo, y unido á sus compañeros comenzaron el tormento de los infelices murciélagos, que al sentirse los hocicos tostados por el fósforo, soltaban chillidos de dolor, interpretados por los chicuelos como palabras obscenas, que celebraban con risas.

—¿Me quieres, tú, Amparo? Dime que sí, gitanilla, y á ver luego quién se atreve á disputarme la moza más barbiana de Valencia... ¡Si estás deseando decirme que me quieres!... ¿A que sí?

Amparo, temiendo adivinar la causa de tan desusada verbosidad, sin contestar, continuó blanqueando; su seno ondulaba por los movimientos que imprimía á los brazos manejando el pincel, y Esteban, cuya cabeza no estaba muy firme, quiso poner su mano sobre aquellas blanduras, pero el pincel cayó con fuerza sobre su cabeza y sus cabellos quedaron más blancos que la nieve.



No es un paso de can-cán—lo que ensayando están éstas pero bien pudiera serlo—del modo que van dispuestas.



—Poner nos puertas á nosotras es como ponerlas en el campo.

Esteban soltó una carcajada; le había hecho gracia la broma.

Amparo comprendió que estaba bebido, cosa que nunca le ocurría, y le recriminó con aspereza. El lo confesó riendo:

—Sí; he bebido para tener el valor de decirte que te quería; te lo he dicho y estoy contento, muy contento; si no es por el vino, las palabras se me pudren en el pecho. Además, terminó diciendo, yo sé que me quieres; todos lo dicen.

—Pues todos te engañan, dijo Amparo.

Estas palabras disiparon la embriaguez de Esteban, que creía firmemente en el cariño de Amparo. La sonrisa estúpida de sus labios fué disipándose poco á poco, y su rostro adquirió la expresión habitual.

—Amparo, ¿has dicho que no me quieres, que no te casarás conmigo?

—Nó, no me casaré nunca con un hombre que se embriague.

Esteban, pálido, clavó la vista en el suelo y ya no abrió los labios ni tan sólo para disculparse.

—No me casaré nunca con un hombre que me falte al respeto, aunque sea impulsado por el vino, continuó Amparo.

Esteban volvióse lentamente de espaldas, avergonzado, mudo, comprimiendo un sollozo que brotó al fin de su garganta.

Hubo un largo rato de silencio. Las sombras de la noche comenzaban á extenderse por toda la campiña; á lo lejos, los campanarios de Valencia se destacaban negros sobre un cielo gris obscuro; algunas luces brillaban en la masa confusa de la población; los árboles perdían sus contornos y el conjunto del paisaje aparecía borroso, como disfumado.

Amparo no pudo mostrarse inflexible por mucho tiempo. Los sollozos de Esteban le afligían, porque le amaba con toda su alma, y enterneciéndose poco á poco terminó por otorgarle su perdón con su cariño.

Y mientras los nuevos amantes, con las manos enlazadas, se hacían el primer juramento de amor, los tres rapaces continuaban riendo al escuchar las supuestas blasfemias de los martirizados murciélagos.

A. SERRA CUBELLS



La Saeta

—¿No es verdad, chica, que espanta ver un tunel?
—Mi primo dice que es la boca del infierno del amor.

EN LA TABERNA

JUAN el Cantudo y Antonio el Pinturero, dos instituciones de la Goleta, hombres de pelo en pecho, buenos frontis y mejores ropas, penetraron una tarde en el famoso hondilón de Anselmo el Chirivita.

Cruzaron por entre los numerosos concurrentes que se metían de un modo recíproco los puños por la cara en discusiones vehementísimas, porraceaban las mesas y ponían el grito en el cielo; y sin dar las buenas tardes á ninguno de aquellos perdis, se dirigieron á uno de los ángulos donde apenas llegaba la luz de los mecheros de gas que alumbraban la renegrida tasca.

Juan, que iba con la cabeza inclinada, sentóse silenciosamente; echóse atrás el amplio cordobés, y gritó, al par que asestaba un golpe en la mugrienta mesa:

—A ver, tú, Joseíto; un tonel y dos garrañones.

Antonio el Pinturero miró á Juan con expresión de mal humor, y dijole con acento de reproche:

—¿Por qué no píees el diluvio universal?

Joseíto colocó sobre la mesa una botella, dos *cállices* y un plato de aceitunas, y se alejó murmurando:

—¡Chavó, y cómo está er día y cómo le jíe el aliento!

Juan ofreció á Antonio la primera copa,—pues no está la galantería de monos con la guapeza ni con el mal humor;—después apuró la suya de un sorbo, sin paladear siquiera á aquel que llamaba el tabernero solera del Paraíso, y largo tiempo hubiera tal vez permanecido silencioso á no haberse Antonio liado la manta á la cabeza decidido á despejar la incógnita.

—¿Pero me quieres tú contar lo que te pasa, que me tienes con el corazón en capilla?

Juan miró á su compañero, y después de dar al viento un suspiro, le contestó:

—Sí, hombre, te lo voy á contar; si no lo hago reviento: tengo el alma llena de víboras y de alacranes.

—Eso ya lo sé yo, ¡cómo que donde escupes jaces un boquetel!, pero el por qué es lo que yo necesito que me digas.

—Pues por casi ná; mira, Antonio, escúchame y después pégame, y después dime perro judío; yo no merezco otra cosa; yo soy una mujersilla, yo estoy pidiendo á gritos un vestido de percal con randas y cuatro flores pá la cabeza.

—Lo que tú estás pidiendo á voces es que te pongan dos tornillos en el último piso.

—¿Conoces tú á la Primorosa?

—No recuerdo.

—Pues bien; cuando te digan quién es, ponte antiparras como pá vé un eclipse.

—¿De verdá?

—¿Que si es verdá? Figúrate tú que es la gachí más graciosa y más bonita que ha nacido de madre; tiene unos *sacais* azules que no le caben en la cara; una mata de pelo rubio, que no es rubio ni pelo, sino un jerviéro de rayos de sol; una boca que es una tumbaga de corales, los dientes granizos, el talle una pestaña, los *pinreles* dos embustes, el pecho dos comprometeores, y el cuerpo, ¡ay, qué cuerpo, chiquillo, y qué andares y qué meneo de cintural!... en fin, no te diré más sino que cuando va por esas calles les cae tiricia á las mujeres de más tronío y los hombres tiran piedras y...



—¿Qué situación! ¡qué compromiso

—Háblale del casero y le pasará en seguida.



—¡Qué pastor más esbelto y arrogante!
—Lo ves así, porque lo ves distante.

—Pues no me la enseñes, por la salucita de tus vivos, no se vayan á quear sin amparo los hijitos de mi corazón; pero vamos á cuenta, esa *gachí* ¿qué?

—Ya voy, hombre, que no soy costal. Esa *gachaíta* vino de Graná hace diez meses, por mó de una bronca que tuvo su *chanelo*, Pepillo el Veterano, con Paco el Calatrava; parece ser que éste empezó á mirar por encima del párpado á la Primorosa, y como Pepe se pierde de vista de largo que es, y está por su mujer del tó, se comió la partía, y una noche que le vió las madres á un barril, se fué del seguro con el Calatrava, éste la quiso pintar de *oripandó* en una noche de luna, se les fueron los regatones, se resbaló y, según me ha contaó Antonio el Pellejero, lo tuvieron que llevar mu dijustao á la casa de la costura á que le echaran un respunte en no sé qué parte de la presona.

—¿Y Pepe?

—Pues Pepe se puso feo con los de la secreta, á éstos les cayeron púas de chumbos en los ojos, y cuando los pudieron abrir se encontraron con que Pepillo había puesto piés en Polvorosa.

—¿Y Pepillo se vino aquí?

—Esa es la fija; aquí se vino de tapaíllo, y de tapaíllo está á lo que salta, hecho tó un hombre de bien.

—¿Y qué más?

—No seas súpito, hombre, no seas súpito; una noche iban á bautizarle un *chimorrel* el Tabardillo y la Colorá á Cristóbal el Tripicallero, y como á mí el Tabardillo me estima, me convidó, y yo, que no tenía que hacer más que lucir el garbo, acerté el convite y me fuí con los compadres á la iglesia, y después á cá de los padres del gurrípato.

Pues bién, cuando entramos en la casa allí estaba la mar de gentes, de hombres la espuma y de mujeres, ¡camará, qué mujeres!, la Trapicheos, la Remilgada, la Petaquera, la Madroñitos, en fin, la mar y los barcos, pero á mí como si ná hasta que entró la Primorosa, ¡ay chiquillo, entonces sí que se me saltaron la prima y los bordones!

—¿Y estaba también allí el Veterano?

—Cá, no, fué ella sola con la mujer del Girafa, y cuando me la eché á la cara, más bonita que un relicario, se me quitó el habla, me puse á temblar y se me espantaron los ojos, y ella que sabe más que Merlín y que se había aprendido de memoria lo que le pasaba á mi cuerpo, me dijo á tenazón con toíto el salero y toíto el retintín del mundo.

—¡Ay, Josús! este hombre se ha puesto perlático.

La Saeta

Yo no sé lo que pasó allí aquella noche; yo bebí hasta sudar vino por todos mis poros, y metí la patita, porque en cuanto me ví á dos luces me arrimé á tuestas á la Primorosa, y á ella no le lastimé yo la pupila, y se me fué la lengua, y ¡ay, Pinturero! que cuando la *gachí* se bebió cuatro chatos y le entró la calentura y entornó los *clisos* y me miró con fatigas, me morí, Antonio, me morí, y si no huelo mal, es porque desde aquella noche estoy embalsamado con los olores de aquella rosita trempaña.

—Pues jasta la fecha, el que lleva las peores no eres tú, mozo güeno.

—Espérate y verás; pues bien, como nunca falta una mala lengua, al día siguiente le contaron á Pepe lo que había pasao y éste hizo lo que no hace ningún hombre que distingue y que se estima y que sabe á su casa.

—¿Qué fué lo que hizo?

—Pues que á la probecita de mi corazón, que es más blanca que el arminio, le puso el cuerpo más negro que el carbón de cok y la jiel de los calamares.

—Tiées razón, eso es una sinvergonzonería, á las mujeres una puñalá traperera en el corazón si la merecen, que casi siempre la merecen, ó un beso entre la nariz, la barba y los dos carrillos.

—Esa es la mía; pues bien, cuando me lo dijeron se me arregorvió la sangre, le dí un repaso al jierro y me fuí á buscar á Pepillo al *jundilón* del Carantoñas, me asenté á su vera y empecé á hablar con el Mearra, como quien pregoná jureles, de los hombrecillos manilargos; pero chavó, como si ná, como si se lo estuviera diciendo al oído al dique del Este ó á la portá de San Termo.

—Y la Primorosa ¿la ves?

—De refilón y de higos á brevas, como que ca vez que me arrimo á la casa le ponen á mi pastora la carita

acardenalá, y esa es mi pena, y por eso me estoy muriendo de las duquitas que paso y no sé lo que hacer, pues yo no vivo, ni duermo, ni como, ni parpagueo, y por eso te digo que me pegues, porque yo soy una mu-jersilla, porque los hombres, cuando lo son, no lloran, y yo...

—Pues mira, lo que tú debes hacer es irte á Utrera con tu hermano hasta que la orvíes.

—Eso no puée ser, eso es darme un *tiritón* en el pecho.

—Pues píllale las vueltas al Calatrava y llévate la manque sea al moro.

—¿Y qué hago yo con mis *chorreles* y con la madre que los echó al mundo, que son pa mí la Biblia Santa?

—Pues entonces, les dices á los de la secreta lo que Pepe hizo en Graná, pa que se lo lleven al Generalife.

Juan, al oír esto, se levantó como movido por un resorte, arrojó una mirada de desprecio sobre su amigo, y con voz amenazadora le dijo, al par que le cogía violentamente por la solapa de la chaqueta:

—Ni tú eres macho, ni tú eres amigo mío, ni tú tienes consencia; yo no hago porquerías, yo



Tiphaine

REUTLINGER

quiero morirme de pesaumbre antes que de vergüenza, y... vete... vete ya... que yo no te vuelva á ver y que la Madalena te guíe.

Y después de arrojar una mirada de cólera y supremo desdén sobre su amigo, embozóse airosamente en la capa, no sin dejar al descubierto las vueltas de terciopelo granate, se inclinó el cordobés sobre la atezada frente y salió del hondilón marcando el paso con el más garboso y más viril de los contoneos.

ARTURO REYES



A TU RETRATO

Te pedí tu retrato, amada mía,
porque á todas las horas verte quería,
y tú, que mis deseos interpretaste,
amable y complaciente, me lo otorgaste.

Desde aquel fausto día, que yo bendigo,
tu bellísima imagen llevo conmigo
y, aunque sólo en efigie, ahora te veo
siempre que de mirarte me da el deseo,
y como éste es muy grande, así resulta
que siempre tu retrato tengo en consulta.

Le miro por la noche, por la mañana,
le miro siempre... siempre que tengo gana,
y á tanto mi afán llega por admirarle
que no me canso nunca de contemplarle,
siendo tanto el cariño con que le adoro
que, al verle, con ternura le beso y lloro...

Mas, me tiene enfadado ver que, impasible,
á mi llanto y mis besos es insensible,
y que nunca se duele de mi quebranto
aunque viertan mis ojos copioso llanto...

Yo, que miro las cosas bajo tal prisma
que, al besarle, me creo que eres tú misma,
y delirante, loco que desvarío,
envuelto con un beso mi amor te envío,
sufro de un modo horrible, prenda adorada,
al hallarme tu imagen inanimada...

Quisiera que el retrato precisamente
sintiera y se explicara como la gente;
que interpretase todo lo que yo siento
y adivinase al punto mi pensamiento;
mas, viendo lo imposible que esto sería,
pues no puede hacerlo una fotografía,
me resigno gustoso, y con anhelo
beso este cartoncito, que es mi consuelo...

En mi poder le tengo, tan bien guardado,
que nunca tuve objeto mejor cuidado:
él es, puedes creerlo, mi único amigo,
y siempre á todas partes viene conmigo;
él es de mis amores el confidente,
y á él confío mis penas únicamente.

No podrá tener queja de mi buen trato,
nunca tanto he querido ningún retrato;
pero si se quejase de mis excesos
porque le estoy borrando con tantos besos,
muy pronto voy á darte la gran disculpa,
pues tú eres la que tiene toda la culpa,
porque, de no ser tuyo, amada mía,
no creas que en besarle me entretendría;
pero como te quiero con toda mi alma,
al verte en el retrato, pierdo la calma
y le beso y oprimo con afán loco
borrando la figura poquito á poco,
poniendo de relieve, según infiero,
que es mucho... ¡pero mucho, lo que te quiero!...

Por tanto, perdonarme tal falta debes,
pues todas estas faltas son harto leves;
son faltas naturales, son... ¡expansiones
que tienen, cuando aman, los corazones!,
y el volcán amoroso que el mío siente,
arroja de este modo su lava ardiente,
desahogando con besos la pasión loca
que, estallando en mi pecho, salta á tu boca...

Ya sabes, vida mía, cómo te trato:
no dirás que me porto contigo ingrato,
porque, si con tu efigie soy tan meloso,
y beso con tal ansia tu busto hermoso,
si fueras tú en persona... ¡¡Ave María,
los abrazos y besos que te daría!...

JOSÉ HÉRES DE LA RUEDA





¡Olé! ¡olé!



Allí entre aquellos trigos... ¡y se creen estar solos

LA PRUEBA

(A MI ESTIMADO AMIGO DON EMILIO GIL)

CON objeto de reparar mi quebrantada salud, el facultativo me aconsejó el descanso de la vida campestre.

Elegí un pueblo cercano á la costa, de escasa importancia, pero hermoso. Se compone de una docena de calles empedradas de guijarros, limpias, de blancas casitas, en alguna de las cuales trepan verdes enredaderas bordadas de olorosas flores. Un paseo con honores de rambla se extiende á la orilla del mar. Dos hileras de álamos lo sombream. Es el sitio de recreo de los pescadores. Se reunen allí, cuando están libres de sus tareas, para charlar y entregarse á sus juegos favoritos: á los bolos ó á la pelota, ó bien echando en la cantina algún partido de *malilla* para jugarse un vaso de vino.

Yo fui á parar á casa de Valentina. Guapa mujer de treinta y dos años, viuda; más bien alta que baja, de abultadas formas, aunque no en exceso. Su aire distinguido me dejó encantado.

Aquella casa no era fonda ni hospedería. Se me admitió en calidad de forastero, por

recomendación de mi tía, á quien Valentina estimaba por haber sido su maestra en tiempo de la infancia.

La viuda heredó de su marido una regular fortuna: bosques en grande extensión, algunos viñedos y un cortijo de bastante valor. El corcho y el vino en abundancia le producían cuantiosas rentas. Por eso tenía á sus órdenes criados y muchachas. Aquéllos, para la labranza; éstas, para los quehaceres domésticos.

La manutención y el trato que Valentina me prodigaba eran excelentes. Hallándome á solas con ella, dije:

—En pocos días he ganado mucho. Me siento fuerte y ágil. He recuperado las fuerzas perdidas. Tengo gran apetito. Veo perfectamente que mi restablecimiento lo debo á usted, que se digna colmarme de cuidados y atenciones. Retribuiré con largueza...

—¡Claro!—interrumpió la viuda irónicamente.—Me dará usted buen salario.

—Acaso mejor de lo que se figura.

—¿Pero habla usted con formalidad?

—Señora, ¿es que duda usted?...!



—En una situación así debió hallarse nuestra madre Eva.
—Perdona, así nó; por desgracia no veo á ningún Adán.

—¡Hombre! ¿Quiere hacerme el favor de no hablar de este asunto?

—Es que...

—Pasemos al comedor, Alejandro. La comida está en la mesa.

*
*
*

No olvidaré jamás aquella tarde.

La circunstancia de ser domingo, me favoreció muchísimo. Me explicaré: Comimos opíparamente. Desde la dueña hasta el último servidor, saboreamos riquísimo café. Se fueron los convidados. La servidumbre también desapareció para no perder ningún baile en el Casino. Quedamos solos Valentina y yo. Hablamos de literatura, porque á la viuda le gustaban las novelas y las historias de amor. Luego comencé á ensalzar los panoramas que Natura nos ofrece. Ella se entusiasmó cuando llegué á este punto, y dijo que ningún paisaje podía compararse con el que rodeaba aquel pueblecillo. Me permití hacer una observación:

—Verdaderamente son deliciosos estos lugares, pero yo podría acompañar á usted á países donde el espectáculo de la Naturaleza es más grandioso aún.

—Desconoce usted estos alrededores, Alejandro. A una hora de distancia, poseo la mejor masía de la comarca. Quiero que la vea usted, y para que no se me olvide, voy á hacer que enganchen el caballo inmediatamente. ¡Andrés! ¡Eh, Andrés!... Ven acá... Prepara la tartanita, que vamos á salir...

Valentina ocupó el pescante, sujetando con donaire las riendas. Me senté á su lado. El vehículo se puso en movimiento á regular trote.

Pinarejo, quedábase atrás. Nosotros carretera arriba, y la intrépida viuda fustigando al animal. Ibamos á escape. Poco duró aquella velocidad. La cuesta se hacía muy penosa. Llegamos á un sitio prominente.

—Contemple usted este paisaje en todos sus detalles, dijo la entusiasta Valentina.

Nos apeamos... La decoración era magnífica: gigantescas montañas, verdes collados, vastas llanuras... Allá abajo jardines y huertas. Más lejos, la azulada línea del *Mediterráneo*. Dominábase todo al primer golpe de vista, realzándolo la esplendorosa luz del sol.

—¡Soberbio panorama!—exclamé.—Me declaro vencido.

—Pues falta lo mejor. Ahora hay que ir á pie hasta el cortijo. Supongo no lo tomará á mal.

—Yo voy con usted á todas partes.

—¿De veras?—objetó sonriendo la viuda.—Lo dudo. Establezcamos una condición: dice usted que se siente con ánimos de seguirme á... cualquier sitio.

—¿Pero no adivina usted, Valentina, que estoy enamorado de su belleza; que retengo aquí, en el corazón, afecto profundo, originado por el poder de todos sus encantos? ¿Y cómo no he de seguir á usted, donde quiera que sea, si la amo, la amo?...

—Amigo Alejandro,—me contestó haciendo grandes esfuerzos para disimular su turbación.—Agradezco la galantería de sus palabras, muy á propósito para el objeto de que se trata. Conste que no es capricho: es sólo una prueba. Vendrá usted conmigo á un punto determinado. Si no quiere, ó no se atreve á seguirme hasta el fin, pierde la partida. En cambio, si la gana, habrá usted conquistado mi cariño.

—Estoy á sus órdenes,—dije jovialmente.

Valentina se quedó inmóvil contemplándome, como si quisiera traslucir el efecto que me producía su misteriosa proposición. Yo estaba henchido de gozo, admirando su esbelta figura,



El fruto más sabroso de este árbol primoroso.

La Saeta

destacada majestuosamente en lo alto de la colina; moviéndose sus ropas á impulsos del aire, el cual perfilaba la morbidez de sus formas.

*
**

Llegamos al cortijo: hermosa casa de campo rodeada de bosques. Se empeñaron los colonos en hacernos merendar, pero habíamos comido aquel día demasiado bien, y ni la encantadora viuda ni yo probamos bocado.

La construcción de la masía databa de tiempo inmemorial. A juzgar por el escudo que se veía en la fachada, algún noble debió fijar allí su residencia. Las habitaciones eran espaciosas, y aún se conservaban en las paredes antiquísimas pinturas representando gloriosos hechos de armas ocurridos en época remota. Los muebles, á pesar de ser viejos, seguían en buen uso: se revelaba en ellos el arte y la solidez de su construcción. Quedé asombrado de aquel edificio vetusto, que ni el espesor de los años, ni la inclemencia del tiempo, podían demoler.

—Tiene usted un cortijo que vale mucho.

Sonrió Valentina, y me dijo:

—Ahora visitaremos lo mejor.

—¿Qué es ello?

—Tenga calma el curiosillo, y sígame.

Echamos á andar por estrecho camino á través del bosque. A medida que íbamos

avanzando, se hacía más penosa la marcha por ser el terreno resquebrajoso.

La tarde era calurosa. El sol picaba bastante aún. En el reloj de una ermita dieron las seis.

La viuda se detuvo.

—Aquí es,—dijo de un modo singular.—¿No observa usted algo?

—Observo que cada vez está usted más bella.

—No se trata de eso. Fíjese bien...

—¡Diablo! Pues no lo había advertido.

Valentina, con aire de satisfacción, exclamó:

—Ahí está la primera maravilla prodigada por la Naturaleza.

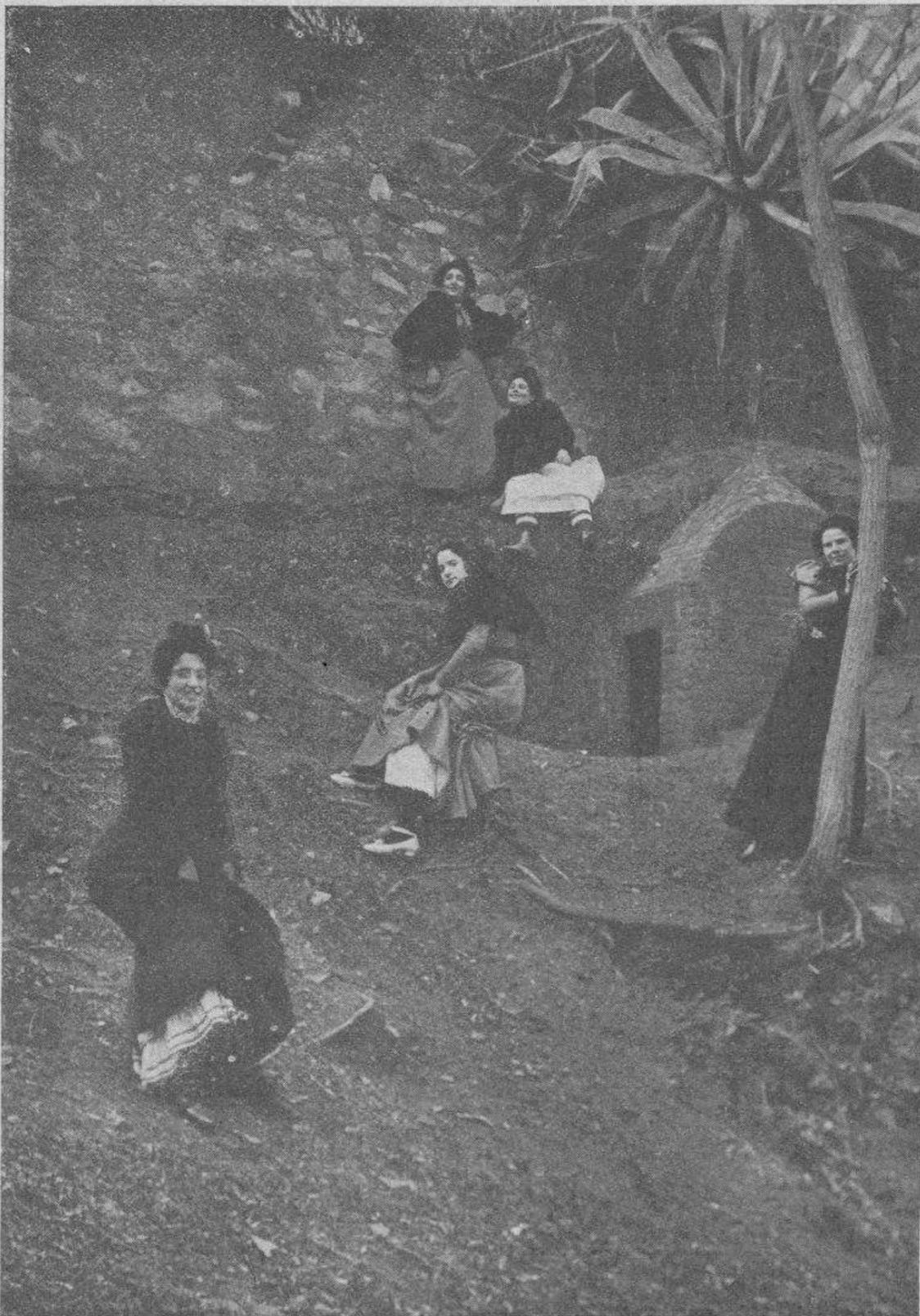
—¿Este precipicio?

—Sí, señor: ese precipicio. Acérquese usted y verá cuánta belleza ofrece su profundidad.

Con gran precaución miré hacia abajo, pero en seguida aparté la vista con horror. Aquel fondo no tenía fin, y por todos lados asomaban puntiagudas piedras y extraños arbustos, en cuyas ramas enmarañábanse hierbas de un verde obscuro.

La viuda se echó á reír, diciéndome:

—En vez de sorprenderse agradablemente ante espectáculo tan bonito, se aparta usted con repugnancia, como si fueran á



Tomando posiciones

tragárselo vivo. ¡Donosa manera de admirar lo bello!

—¡Pero Valentina, ese abismo es horrible!

—¿Qué sabe usted? En fin, ha llegado el momento de la prueba. En media hora se hace la excursión. ¿Quiere usted acompañarme?

—Pero...

—Titubea usted... ¡Adiós, amigo mío, hasta luego!

*
**

Valentina desapareció. La adoraba ya; y de pronto se escabullía, acaso para no verla más. Pasaron breves instantes: mi angustia era mortal. Yo no obré bien. Debí contenerla... ó seguirla. Reflexionando así, llegó á mis oídos la voz de la viuda. Su acento era jovial, amoroso. Decía: «Alejandro, aun es tiempo. ¿Se decide usted?»

La música de aquellas palabras me fascinó. Acto seguido, sin prever los funestos resultados de tan loca y temeraria empresa, comencé el descenso gritando: «¡Allá voy, adorada Valentina!»

Sujetándome en los seculares troncos, apoyaba los piés en la escarpada roca. De vez en cuando clavábanse los espinos en mi cuerpo, martirizándome. Desprendióse un pedrusco. Faltándome el apoyo, caí rodando. La Providencia vino en mi ayuda. Dando tumbos, destrocé las ramas de un árbol. Me afiancé desesperadamente á él, hasta arrancar sus raíces. Clavando las uñas en la tierra y en lo que hallaba al paso, llegué al fondo de aquel espantoso precipicio. Estaba en terreno firme. Aquello era un foso de grande anchura, exuberante de vegetación. Aquí carrascas, allá pinos, hacia arriba enormes retamas. El suelo se veía alfombrado de césped; asomando por todas partes florecillas en profusión de colores. El conjunto resultaba imponente y sombrío... Un grupo de rosales silvestres, arqueados, resguardaban á Valentina. Sentada en el mullido lecho, al lado de murmurante fuente, se me apareció con el semblante sereno, dibujándose en sus labios de coral halagadora sonrisa.

Al verme, dijo:

—Se ha portado usted como un héroe. La partida es suya, querido Alejandro.

—¡Valentina de mi alma!—exclamé ébrio de amor, cayendo á sus piés y estrechándola con frenesí.

Sin hacer la menor resistencia, se dejó besar repetidas veces. En voz baja, le dije ternezas mil. Ella me contestó acariciándome también.

Obscurecía... Rosadas nubes cruzaban por el espacio, proyectando al fondo del abismo tenues resplandores.

—En marcha,—dijo la viuda.—Tenemos la noche encima y no hay que perder instante.

—Yo... me quedo. Conceptúo imposible salir de aquí.

—En menos de quince minutos estamos arriba. Sígame usted, Alejandro.

Abriéndonos camino por entre jarales, hallamos una especie de escalera formada por las piedras salientes de la muralla. Quedé asombrado de la agilidad de Valentina al trepar por aquellas rocas.

—Tenga usted cuidado al pisar. Una pisada en falso, le podría costar la vida,—me dijo.

Por fin, llegamos al borde sin accidente... En la carretera estaba la mujer del colono guardando la tartana. Regresamos á *Pinarejo* velozmente... Cielo, montañas, horizonte, promesas y amor crecientes: todo quedaba envuelto en el arcano de aquella memorable noche de estío.



—No puede forzarnos el enemigo.—¿Que nó?

LIBROS Y COMEDIAS

B. PÉREZ GALDÓS.—VERGARA.—CONCLUSIÓN

IV

SE ve en *Vergara*, y no puedo prescindir de terminar tal como lo pongo su estudio, lo que (iniciado primeramente, como quien anda de prisa) ha concluído por establecer el carácter literario de Galdós: un amplio y prolijo *reflejo* de humanidad, con tanto arte y tanto lujo de *pormenores* combinado, que no parece sino que es traslado fidelísimo de la *existencia* en que todos nosotros parecemos actores, ó que junto á nosotros se desenvuelve. De ahí resulta ese modo de historiar *novelescamente*, con que Galdós (y esto será indiscutible para la crítica, cuando llegue el momento de fijar en la literatura la época presente) triunfa de cuantos le precedieron, maestros unos como Walter-Scott, imitadores hasta cierto punto felices como la Fernán Caballero, de la novela histórica. Los *Episodios Nacionales* tienen más elementos de vida; se atiende al escribirlos más al drama humano, ó mejor dicho á lo que Balzac llamó Comedia, que no al hecho histórico, ni á la novelera acción (que conjuntamente lo determina) provocado por el hombre. Aunque la historia es parte principal en tales trabajos, porque de ella arrancan los personajes y la actitud, no está en el poema empleada sino secundariamente, como resultado, como consecuencia de la vida en que se consumen las generaciones y los pueblos arrastrados por el Tiempo á una perenne resurrección. Galdós no narra la historia de los héroes, presentando á éstos como seres sobrenaturales, sino los hechos todos en que las figuras históricas se producen como hombres, relacionándose constantemente con personas secundarias, y en cierto modo ajenas á su papel providencial. Maroto se irrita de cuando en cuando como un carretero; el duque de la Victoria fuma como un burgués, y á ninguno de los dos se les ve, sino en el momento preciso, calzando espuelas, á caballo, la espada desnuda, de uniforme en fin.

Pero al mismo tiempo, viviendo todos los personajes su vida íntima, particular, sin hallarse directamente comprometidos en la acción histórica algunos, no pocos, ayudan á su desenvolvimiento, á la *aclaración* del hecho que va determinándose en el confuso y continuo revolver acciones. De la hábil combinación de éstas con los seres que las determinan ó las padecen, resulta la historia que nos cuenta Galdós. Quiero decir, por tanto, que Galdós no escribe historia, sino novela, y que en la novela aparecen los caracteres en todo su ser real.

En lo que se le ha censurado es donde encuentro yo mayor mérito; es decir, en cuanto atiende á prolijas y complicadas descripciones que se apartan del fin histórico, para que éste no destruya ni la emoción ni la virtualidad del hecho que se narra. ¿Podría haberse dado al instante final, cuando sobreviene el abrazo, proporciones de cuadro vistoso, en que superpujaran á toda otra virtud, las de carácter épico? Naturalmente, sí. Lo mismo que en las batallas que preceden á la reconciliación. Y sin embargo, el libro, que en manos de Galdós habría conseguido con esto notables ventajas, hubiera perdido positivamente su naturaleza propia, la de episodio. Pasma ver la seguridad con que Galdós triunfa de los peligros que le salen al paso en *Vergara*: de una parte la sugestiva seducción anecdótica, y de otra la complicada y diversa maraña en que se ensarzan y enredan los personajes que tan vivos están aún en la memoria del pueblo y tan cerca del narrador. Pues sí, él triunfa, para mayor gala de su libro y en provecho del interés y de la naturalidad que allí campean. Yo creo que, aparte de que seguramente no respondería al plan del autor dar más relieve á las figuras conocidas como la de Espartero, la de Maroto, las de la corte de doña Isabel, las de la corte de don Carlos, el presentarlas por reducciones discretas confirman el talento positivo del hombre que ha de ofrecérsenos con toda la independencia y toda la impersonalidad de quien historia sucesos que aún podemos considerar contemporáneos, y que casi no han perdido el calor de la lucha.

Réstame por decir, no queriendo extremar este trabajo, que en *Vergara* continúa la novela íntima, que va trabando estos episodios, simbolizada en la extraordinaria, interesante y humana personalidad del tipo Carpena, en torno del cual se producen todos los acontecimientos de España en este período revuelto y difícil. Pareciendo legendario el personaje, merece elogios y plácemes la realidad con que está sostenido el tipo. La tremenda pesadumbre de sus amores engañados es de un efecto dramático sorprendente. No hay palabras con que ponderar el momento en que agarrota, cortándole las alas, á la ilusión.

Aguardo con impaciencia la publicación del tomo que ha de seguir la serie.

J. F. Luján

CUARTILLAS SUELTAS

CONSTE que me parecen muy puestas en razón las consideraciones emitidas por el discreto periodista que firma con las iniciales P. del O. hablando de la titulada Asociación de la prensa.

Las suscribo en todo aquello que puedan interesarme personalmente.

Puede que exista dicha Asociación; pero está mal rotulada. ¡Tanto! No hace mucho repetía yo, después de pregonarlo siempre que venía á pelo, que ese grupo mismo podía apellidarse según fuera su antojo, pero sin que por el título genérico que adopta se entendiera que le es lícito abrogarse una representación general, que nadie hasta ahora le concedió.



Avril

REUTLINGER

¿De qué modo se ha constituido este grupo? ¿Por sufragios de todos los periódicos en general, y particularmente (que sería lo de menos) de cuantos redactamos las volanderas hojas? Nó. Convino conmigo uno de los que pertenecen á esa señora asociación en que ni tal periódico, ni tal otro, ni tales escritores figuran en ella, y lo que es más triste, ni aun tienen noticia de su constitución oficial, como no sea por lamentables anuncios. Luego la dicha asociación de la prensa, hasta el momento en que escribo estas líneas, no tiene nada que ver con la prensa de esta ciudad, y como dice muy bien P. del O., debiera llamarse de otro modo y no así.

Yo no protesto contra la idea de asociación, idea noble y simpática, si se practicase según la doctrina de Cristo, es decir, suprimiendo los mangoneadores, los *caciques*, los reyezuelos; pero sí me parece digno de censura, que en nombre de todos (los que no estamos, precisamente) se organicen espectáculos, se redacten periódicos y se hagan llamamientos al público. Recientemente declaré con la franqueza que me caracteriza, que la prensa no tenía arte ni parte en la función de beneficio concedida por Teresa Mariani. P. del O. dice lo mismo, y es claro que por lo menos sumamos (públicamente) dos testimonios. Al fin y al cabo, en estas cosas que convienen á la *comunidad*, importa hablar claro.

En esto pasa como en todas las cosas nuestras. Los *grupitos* triunfan por la indiferencia de los más.

CLAUDIO UGENA

TENTACIÓN

Vamos, muchacha, no digas eso...
Ya me conoces. ¡Qué tontería!
Vámonos juntos á la verbena
de San Antonio de la Florida.

Anda y no temas, que si tú eres
la flor y nata de las modistas,
irás del brazo de un caballero
que es estudiante de medicina.

Ya acabó el curso, y aunque me han dado
cuatro *suspensos*—¡cuatro injusticias!—
soy en amores *notablemente*
aprovechado, por más que digas..

Trescientas veces te lo he jurado,
eres muy guapa y eres muy lista
y esos ojillos zaragateros
me descomponen, me magnetizan.

Anda y no tengas esos reparos.
Vente conmigo. Verás qué envidia
nos tienen todos en la verbena
de San Antonio de la Florida.

¿Que no vas sola? ¡Venga tu madre!
¿Tu madre es poco? ¡Venga tu tía!
Por ir contigo, te lo aseguro,
cargo con gusto con la familia.

Si es por dinero, que no lo dejes.
¡Estoy en fondos! Mira, mi vida.
Tengo un billete de cinco duros
y dos pesetas en calderilla.

De este dinero tú eres la dueña.
Ya sé que es poco; pero, hija mía,
el *terno* estaba bastante usado
y la *pañosa* como una criba...

Hoy nos gastamos los cinco duros.
Iremos todos en el tranvía,
pues no es decente que una señora
como tu madre vaya á patita.

Si quieres flores, tendrás claveles,
si quieres dulces, tendrás rosquillas,
y habrá buñuelos para tu madre,
y habrá aguardiente para tu tía.

En un ventorro de los mejores,
tendremos cena con Manzanilla,
y si logramos que las *señoras*
se queden luego medio dormidas,

los dos daremos un paseíto
en busca de aire junto á la orilla
del Manzanares, que está de noche
que es un encanto, una delicia...

De madrugada regresaremos
los cuatro juntos, camino arriba,
y si tú quieres iré á tu casa,
y si no quieres iré á la mía.

Leo en tus ojos que estás dudando...
¡Fuera temores! ¡Anda, chiquilla!
Vámonos juntos á la verbena
de San Antonio de la Florida.

VITAL AZA

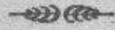




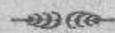
Buscando nidos

Miscelánea

Un amigo se encontró con otro en la calle.
 —¡Dame un susto!, le grita.
 —¿Por qué?
 —Porque tengo hipo. Si me das un susto se me quita al momento.
 —En ese caso... ¡préstame quinientos reales!
 —¡Ya se me quitó!



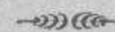
Una liebre puesta en salsa
 compró en la fonda Bautista,
 y dijo al ver el fondista
 la moneda:—¿Será falsa?
 —¡Mala centella me quiebre!
 ¿Sospecháis ..
 —Nó, por mi nombre;
 pero es que á veces el hombre
 suele dar gato por liebre.



Un caballero de corta estatura entró á leer en cierta biblioteca. Recibió el libro que había pedido, y dijo:
 —Si me hiciera usted el favor de darme dos ó tres diccionarios...
 —Pero ¿de qué lengua?, preguntó el empleado del instituto.
 —De cualquiera; si es para sentarme sobre ellos.



En una escuela de párvulos durante los exámenes, preguntó el maestro á uno de los niños:
 —¿Por qué fueron expulsados del Paraíso Adán y Eva?
 A cuya pregunta respondió sencillamente el niño, pero con el mayor aplomo:
 —Porque no podrían pagar el alquiler.



Charada

Conozco una linda *Todo*
 natural de la Alpujarra
 más linda que la ilusión,
 y más *prima tres*... ¡que vaya
 la *Todo* como esa *Todo*
 merece un altar de plata!
 Juro por el dios *dos doble*
 y os doy mi palabra honrada,
 que no he visto otra mujer
 que tanto como ella, valga.
 Amiga de todo *Sport*
 por el mar es entusiasta
 y cuando con su *dos prima*
 la veo que está en la barca,
 siento así, unos requemores
 ¡y siento así como unas ansias...
 que quisiera ser la brisa
 para besarle la cara...!

.

Y ahora entretente, lector,
 si es que quieres acertarla.

MORENO



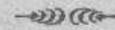
Cuadrado

```

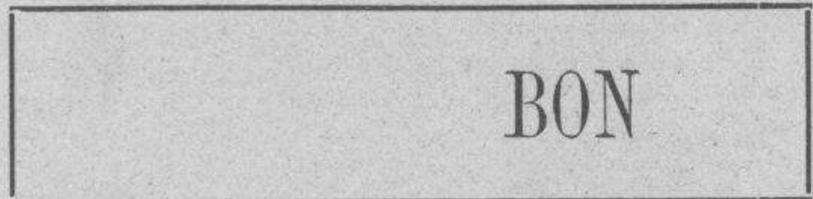
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
    
```

Substituir las estrellitas por letras, de modo que, leído horizontal y verticalmente, resulte: 1.ª, ciudad de Italia; 2.ª, planeta; 3.ª, ciudad de Marruecos; 4.ª, palmera de la isla de Maraguán, y 5.ª, verbo.

A. ARROYO MANJÓN



Jeroglífico comprimido



A. SÁNCHEZ CARRERE



Rombo

```

      *
     * *
    * * *
   * * * *
  * * * *
 * * * *
* * * *
    
```

Substituir las estrellas por letras, de modo que, vertical y horizontalmente, se lea lo siguiente: 1.ª, consonante; 2.ª, en Zaragoza; 3.ª, nombre de varón; 4.ª, metal, y 5.ª, consonante.

GUIJOUSE

Soluciones á lo insertado en el número 485:

CHARADA.—Maragato.
 BANDURRIA NUMÉRICA.—Catalina.

Correspondencia

Jotapé.—Mire, los versos

«El viajero que marcha fatigado
 y le dan una vez mala posada»

acusan una construcción viciosa ¡tan viciosa! Y no me venga con la excusa de que en el verso la licencia es ley, porque esa licencia nunca es admisible sino como fuerza mayor, y aun entonces con sus mases y menos. Las licencias que emplean los buenos poetas nó para disfrazar defectos, pero para que la imagen adquiriera vigor, fuerza; para que la frase resulte eufónica, sacrificando el régimen á la armonía, á la ca-

dencia; para que no padezca la inspiración bajo el poder tiránico del molde impuesto: esas licencias, digo, son disculpables y en ocasiones están bien; las otras nó, porque acusan falta de cuidado, de gusto, de estudio... y no son licencias convertidas, por obra del talento, en virtudes. En el caso presente y respetando las *líneas*, debiera decirse

«y á quien le dan una vez mala posada;»

pero esto haría que el verso fuera largo; en cambio seguiría bien medido así:

«y recibe una vez mala posada,»

lo cual no resolvería tampoco otros defectos de mayor y menor bulto, de mayor que no cito, y de menor como las pícaras asonancias *marcha, mala, posada*, que tanto afean (sumándose al otro próximo vocablo *esperanzas*) la dicción. La sentencia final no sólo deja de ser cierta si bien la analiza usted, sino que se convierte en ripio.

Le he dado tan largas explicaciones, porque al fin y al cabo usted no versifica pésimamente, y si usted se enmendase...

R. C. T.—No puedo consentir que sea usted *inmenso, inmedible, inagotable, incoloro é inodoro*, que todos esos adjetivos le aplican á usted los consonantes de que se tiene que valer para la RIMA. En lo que si estoy conforme, es en que resulta usted *improrrogable*, puesto que no puede dársele nuevo plazo; *intolerable*, puesto que no hay quien resista sus latas, y hasta *insensible*, porque apuesto lo que quiera á que le llamo yo *burro* y no se resiente usted.

Q. P. R.—No está mal del todo; pero hay algunas incorrecciones que si tengo tiempo y humor, enmendaré; pruebe otra cosita de esas, que con buena voluntad acaso resulten más aceptables.

S. J. N.—*Pus... eso... pus ná*, lo que digo, es *osté un... guasa viva, amos*, un jeroglífico sin solución de los endecasílabos.

Ramoncete.—Vaya por la «Cantárida»:

«Allá abajo los hombres y mujeres se divierten en el arroyo dulcemente y entretanto el corazón doliente exclama ¡qué pícaros son los seres! y el hombre contesta indiferente ¡que si quieres!»

Usted no es ser, por lo visto, y si lo es usted, no pertenece al género de los pícaros: en todo caso al de los tontos.

F. B. O.—Saladísimo. Para gracioso usted; amigo, ¡y tan gracioso! Cuidado que mandarme á estas alturas la «rima de las golondrinas,» como usted dice, que no parece sino que Becquer presentía que las iba usted á parir para robarle á usted la paternidad!

M. H. E.—*Utensilios*.—R. C. Z.—A. G.—J. H. I.—No puedo complacerles, y crean ustedes que es mi sentimiento profundo.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

CRÈME SIMON

à la glycérine

Poudre
de riz Simon



Savon
à la Crème Simon

Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las Influencias del FRÍO, del SOL, ó del aire del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis

J. SIMON ♦♦ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ♦♦ **PARIS**

Tipolitografía Seix: Calle San Agustín, 1 á 5.—Teléfono número 3541.—Barcelona (Gracia)



Il n'est pas possible de

TOUT LE MONDE

Il n'est pas possible de

Il n'est pas possible de



20 cents.

Num. 487

